El poste torcido

Durante veinte años, Ramón enderezó cada poste del alambrado salvo el que daba al camino. Su padre lo había clavado inclinado. Cuando alguien preguntaba, él decía que de ese lado la tierra cedía.

Una tarde su nieta le preguntó por qué no lo sacaba. Ramón llevó una pala hasta el camino. Al cavar, encontró un pedazo de herradura trabado entre la madera y una piedra. Se lo mostró a la chica. Era de los tiempos en que todavía llegaban a caballo.

Sacó el poste, limpió el pozo y volvió a colocarlo. La chica lo sostuvo mientras él apisonaba la tierra alrededor. Quedó más recto de lo que había estado nunca.

A la vuelta se cruzaron con el vecino, que lo miró desde la camioneta. «Al fin», dijo. Ramón guardó la herradura en el bolsillo.